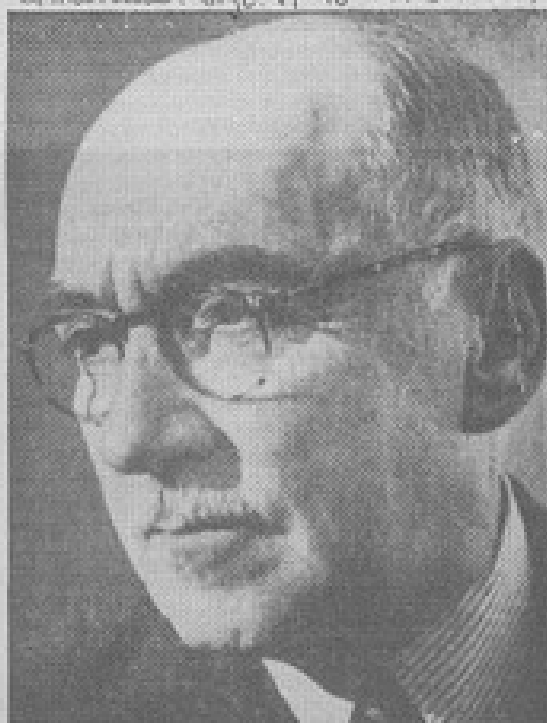




Eduardo Barrios: cristiano universalizado.

COLECCION
PREMIOS
NACIONALES
DE
LITERATURA

EDUARDO
BARRIOS

Eduardo Barrios vivió entre los años 1884 y 1963. Obituvo el Premio Nacional de Literatura en 1948. Dos años después publicaba su novela más célebre, Gran señor y rajadiables, considerada como la epopeya del campo chileno. En ella alcanza una cima el criollismo. El autor universalizó la actitud regionalista de Latorre, Durand y otros herederos nacionales del español José M. de Pereda.

Antes Eduardo Barrios había trabajado exitosamente en otras líneas narrativas: con El niño que enloqueció de amor (1915) en el psicologismo idealizado de inspiración modernista; con Un perdido (1918), en el naturalismo; y con El hermano

asno, en un cuasimisticismo entre socarrón y severo.

Son todas novelas muy logradas, amenas, centradas en protagonistas inolvidables. Si bien no superan el empleo de una técnica narrativa tradicional, consiguen impactar al lector por la fuerza de las situaciones y la definición realmente humana de los personajes.

Con menor éxito, Eduardo Barrios incursionó en el drama y el ensayo periodístico.

Durante la segunda administración del Presidente Ibáñez, el novelista fue Ministro de Educación.

Las líneas que siguen pertenecen a El hermano asno.

DE "EL HERMANO ASNO"

Bueno te lo han jugado los hermanos rancosuelos, Fray Rufino. Tenemos ya una invasión de ellos en el Convento.

Y el Padre Procurador, el hermano guardadepensas, el Padre Sacristán y aun los cocineros andaban a estas horas resurrección, ante el Guardián, porque los gatos no cogen desde que les enseñaste a comer con los ratones en el mismo plato.

—¡Es insuperable! —protestan airados—. En pocos días esos bichos lo han invadido todo. Hay ya una plaga, ¡una verdadera plaga!

—La procura está hecha una lástima.

—¿Y mis víveres?

—Pues ¿y la cera, y los hostias, y el aceite?

—Hasta la carne amanaece ruda y mala. La leche, llena de coquecitos.

Agitadísimo, tratando de reventarse de la mayor indignación posible, entraban hace un momento en la Guardería. Uno propuso que también el Provincial interviniera.

No sé, no sé, Señor, en qué pararán estas ridículas. El hermano Juan, la otra mañana, bajo el júbilo de este "milagro", convertía la carnicería de Fray Rufino al vestigio que quedaba el jamón, y decía: "¡Basta Dios qué prodigio resultará de ahí también!" Me atrevería yo a pronosticar hoy que por tan immoderada conducta de los hermanos rancosuelos, va Fray Rufino a pasar un rato amargo...

¿Cómo pueden parecerse tanto dos criaturas?

Porque no era sólo, no. Demuéstrame veces la he visto después de mi calabozo. Está muy cambiada; el matrimonio, los ojos trancurridos... No, esta es otra.

Este que me ha mirado en la Iglesia es ella misma, pero a los veinte años, cuando yo pase mi carnicería indolente en su regazo, y ella, a la menor educación exterior, convertida de pronto por aquel pizcoteo en niña fútil que corre tras una brillante quimera, le dejó caer.

Pero es idéntica, maravillosamente igual. ¿Quién es, Señor, quién es?

Fray Rufino y yo íbamos a comulgar, salíamos juntos de la sacristía en dirección a la santa mesa. En esta, miró hacia los fieles, y un flúido —su mirada— cayó la mía que vago, y lo sujeta, fijo en esas pupilas de un rubio bañado, ¡en aquellas, Dios mío, que yo solía comparar con dos abejas ardientes!

¿Cómo se ha turbado mi espíritu entonces?

Fue una resurrección de mi tragedia, una resurrección cada vez que la habo en mí. No, nunca. Y es que de los dolores horribles, de aquellos que se abren espantables en un momento dulce de nuestra vida, no nos acordamos siempre bien, y preciso una nueva lástima, cuyo golpe destelle un relámpago para que por unos instantes se ilumine la memoria brumosa y la tragedia resurja íntegra y repentinamente reditiva. Lo que sucedió esta mañana.

¡Oh, cuánto sufrí!

Ya en el comulgatorio, de espaldas a esa niña, vine a comprender: mi alma, llena de su turbulenta pasión, tan mundana de súbito, Señor, no podía recibirlo.

Mi hasta la puerta de la sacristía, donde no sé por qué me detuve.

¿Qué hice allí después, olvido, apriñando con toda la fuerza de mis dedos inquietos los cuantos de mi rosario? Preguntarme ahora ahora: "¿Quién es, Señor, quién es?" Como ahora, hasta en el recuerdo y en la imaginación una rendija de luz, tan íntimamente como el preso de vueltas a su calabozo y no había sino el muro gris, compacto, impenetrable; y mirar a Fray Rufino: él se acordaba, Señor, con la faz sonriente, los ojos cerrados, hundidos, en eterna visión de beatitud.

Aún me pareceo ver, Fray Rufino, la cabeza de un loro acorazada verde, inclinada sobre el filo del santo montal que tus dedos trancos y ennegrecidos sostuvieron. La tonaca mal ragada, el cerquillo rojo y negro, la cara un poco deformada, con lindas cuencas y lunares filados, alumbraban, cubiertas de una extraña y espiritual belleza; y al entrar la Puerta blanca en la boca y cerrarse con amorosa reverencia tus labios prietos, ocurrió algo augusto, impresionante de piedad.

Tú, Fray Rufino, aprobabas siempre al hermano Lázaro. No estoy perdido, no. Ya si siquiera he de inquirir qué qué es esa criatura. Toda mi ojer ha muerto. Aquellas Cuencas no son ya sino fontanillas sin vida que apenas oscilan en mi recuerdo, y toda mi vieja esperanza pace hoy entre los sentimientos humanos que me ataban al mundo, como un cadáver entre cadáveres.

660948

Eduardo Barrios. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Barrios. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile